Zeitschrift: Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas

Herausgeber: Collegium Romanicum (Association des romanistes suisses)

Band: 59 (2012)

Heft: 3: Fascículo español. Archivos y manuscritos hispánicos : de la crítica textual a la critique génétique

Artikel: Calificar al hombre de mucho saber : uso de algunos adjetivos en cuatro textos castellanos del siglo XIII

Autor: Carta, Constance

DOI: https://doi.org/10.5169/seals-323609

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 15.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Calificar al hombre de mucho saber: uso de algunos adjetivos en cuatro textos castellanos del siglo XIII

Durante los cinco siglos que separan el fin de la Antigüedad y el primer auge de Europa tras un período que pasa por ser el más oscuro de la historia de Occidente, la cultura está en manos de los clérigos y de los monjes. Los laicos, en su gran mayoría, no tienen acceso al latín y a la cultura escrita. Entre los siglos VII y XI, las condiciones de enseñanza evolucionan muy poco; en las escuelas monásticas y catedralicias, clérigos y monjes estudian textos sagrados y autores antiguos, y forman discípulos capaces de transmitir su saber. Tenemos constancia de cómo se forma el *intelectual* – término inadecuado por su anacronismo pero cómodo e inequívoco; podríamos hablar de *clérigo* o de *letrado*. Jacques Le Goff[1] escribió un interesantísimo libro sobre la figura del intelectual en este período, Pierre Riché[2] un estudio erudito sobre la enseñanza y las escuelas en la alta Edad Media.

A mediados del siglo XI el panorama empieza a evolucionar rápida y profundamente. Los pueblos bárbaros se incorporan a la Cristiandad, el crecimiento demográfico de los últimos decenios permite ahora el desarrollo económico y un nuevo auge de las ciudades; aparecen unas nuevas clases sociales (mercaderes y burgueses); la Iglesia se libera – no sin dificultades – de la tutela del poder laico, a la vez que la reforma religiosa se extiende al clero secular. La figura del monje cluniacense Hildebrando, que adopta el nombre de Gregorio VII al ser elegido papa en 1073, es de especial importancia en este proceso. En el centro de sus propósitos reformistas se encuentran la lucha contra la simonía, el nicolaísmo y la investidura laica: la Iglesia no puede, no debe, estar subordinada al poder temporal[3]. Tantas transformaciones, políticas,

[1] Jacques Le Goff, *Les intellectuels au Moyen Âge*, París, Seuil, abril de 1957, febrero de 1985 y marzo de 2000 para la bibliografía (1ª ed. 1957).

[2] Pierre Riché, *Écoles et enseignement dans le Haut Moyen Âge. Fin du Vᵉ siècle - milieu du XIᵉ siècle*, París: Picard Éditeur, 1999, troisième édition revue et mise à jour.

[3] Sobre el cambio de panorama histórico-cultural de los siglos medios, véanse también F. López Estrada, *Introducción a la literatura medieval española*, Madrid, Gredos, 1979, 4ª ed. renovada [2ª reimpr.];

Constance CARTA, «Calificar al hombre de mucho saber», *Versants* 59:3, fascículo español, 2012, pp. 125-146

sociales y religiosas, no podían sino reflejarse en el ámbito intelectual. Las antiguas escuelas entran en crisis. Un siglo después, la figura del intelectual, como persona que se gana la vida pensando y enseñando su pensamiento, abandona las escuelas catedralicias en decadencia y las escuelas urbanas carentes de privilegios para pasar al ámbito más laico de las corporaciones universitarias, que adquieren su autonomía «luchando tanto contra los poderes eclesiásticos como contra los poderes laicos»[4].

La instrucción, en la Edad Media, se fundamenta en la enseñanza de las disciplinas del *trivium* (gramática, retórica, dialéctica) y, en menor medida, del *quadrivium* (aritmética, geometría, música y astronomía). El establecimiento de las siete artes liberales en dos bloques, uno de disciplinas lingüísticas y otro de las matemáticas y ciencias naturales, tuvo lugar en un amplio abanico de tiempo, que va desde la Antigüedad hasta el siglo VI, y se enmarca en clasificaciones más extensas, las llamadas *divisiones philosophiae*. En la Península Ibérica,

> el sistema de educación y el sistema científico de las *artes liberales* subordinadas a la teología fue determinante [...] durante un tiempo sorprendentemente largo y constituyó la base para un tipo de enseñanza que perduraría hasta el siglo XVI[5].

Puede ser que la tradición oriental de la cuentística plantee un universo distinto del que transmiten los textos de origen latino o cristiano, frecuentemente estudiados como apoyo de las materias del *Trivium*, que se clasifican como una parte de la filosofía.

J. Paul, *Histoire intellectuelle de l'Occident médiéval*, París, A. Colin, 1998; id., *La Iglesia y la cultura en Occidente (siglos IX-XII)*, Barcelona, Labor, 1988; G. Castella, *Historia de los Papas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1970; J. Díaz Ibáñez, *La organización institucional de la Iglesia en la Edad Media*, Madrid, Arco Libros, 1998; G. Duby, *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1977; R. S. López, *El nacimiento de Europa*, Barcelona, Labor, 1965; E. Mitre Fernández, *Las claves de la Iglesia en la Edad Media: 313-1492*, Barcelona, Planeta, 1991; A. Vauchez, *La spiritualité du Moyen Âge occidental (VIIIe-XIIIe siècle)*, París, Seuil, 1994; C. Alvar, *De los caballeros del Temple al Santo Grial*, Madrid, Sial, 2009.

[4] Jacques Le Goff, *op. cit.*, p. 74. Véase también J. Le Goff, «L'uomo medievale», en J. Le Goff (a cura di), *L'uomo medievale*, Bari, Laterza, 1993 [1ª ed. 1987], pp. 1-38.

[5] Helmut C. Jacobs, *Divisiones philosophiae. Clasificaciones españolas de las artes y las ciencias en la Edad Media y el Siglo de Oro*, Madrid, Iberoamericana, 2002, p. 15. Véase también James Athanasius Weisheipl, «Classification of the Sciences in Medieval Thought», *Medieval Studies*, 27, 1965, pp. 54-90, así como Hugo Óscar Bizzarri, «El problema de la clasificación de las ciencias en la cultura castellana extrauniversitaria del siglo XIII», *Acta poética*, 20, 1999, pp. 203-248.

El mundo oriental llega al Occidente románico –ya desde la conquista de Toledo (1085)– y se difunde con sus propias ideas y con un sistema de valores que no coincide con la tradición cristiana. El peso intelectual de los territorios conquistados no se puede minusvalorar: no en vano muchas de estas ciudades se habían convertido en importantes centros de transmisión del saber. El encuentro cultural de miembros de las tres religiones monoteístas en ciudades como Córdoba y Sevilla sin duda facilitó el acceso a los textos, pero también posibilitó la penetración de ese sistema de valores en el mundo cristiano: los «espejos de príncipes» destinados a los infantes del reino de Castilla a finales de la primera mitad del siglo XIII tienen sus orígenes en el mundo oriental. «Entonces surgen y convergen diferentes concepciones de la sabiduría, resultado de las variantes circunstancias históricas y del surgimiento de fundamentos filosóficos distintos»[6]. Con el nuevo sistema de valores, la actividad intelectual adquiere un relieve sin parangón en la Edad Media y esto, en cierto modo, viene a reforzar una idea que se había ido instalando en Occidente: la necesidad de formación cultural por parte de los reyes y de la nobleza. Esta idea se resume con claridad en el aforismo bien difundido «Rex illiteratus est quasi asinus coronatus»[7].

Las colecciones de cuentos y de literatura sapiencial que se van vertiendo al castellano presentan de forma grata al público un rico conjunto de ejemplos, sentencias y dichos de sabios que vehiculan una peculiar concepción del saber y del hombre sabio. El interés de los estudiosos, en este campo, se ha vertido sobre todo en las compilaciones de sentencias, no tanto en las colecciones de cuentos, que han despertado su interés sobre todo por lo que atañe a su recorrido de la India a la Península Ibérica y al papel fundamental que desempeñaron en el nacimiento de la prosa literaria hispánica.

Para intentar comprender de una forma más profunda y objetiva el alcance de los cambios que se producen en la esfera del conocimiento y de la actividad intelectual en el siglo XIII, quiero analizar la presencia de los términos: *cuerdo*, *enseñado*, *entendido*, *letrado*, *razonado*, *sabidor*, *sabio*

---

[6] Alicia Esther Ramadori, *Literatura sapiencial hispánica del siglo XIII*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2001, p. 33.

[7] Juan de Salisbury, *Policraticus*, IV, t. 1, p. 254.

y *sesudo*[8] en el *Sendebar*, el *Calila y Dimna*, el *Barlaam y Josafat* y el *Libro de Apolonio*.

Sendebar es el nombre reservado para el grupo de obras pertenecientes a la rama oriental de un texto «de origen oscuro y difusión amplísima»[9], cuya primera traducción al castellano se titula *Libro de los engaños*. Por no haber llegado hasta nosotros ni el modelo (hindú o persa) de este texto, ni la versión árabe que sirvió de base para su posterior traducción, el texto castellano, conservado en un único manuscrito encargado por el infante don Fadrique, hermano del rey Sabio (según el mismo prólogo), constituye «el testimonio más antiguo de la denominada rama oriental»[10]. El famoso códice facticio de Puñonrostro (ms. 15 de la RAE), formado por obras que comparten un mismo carácter didáctico, parece datar del primer cuarto del siglo XV; una mano posterior, de finales de este siglo o principios del siguiente, introdujo «más de trescientas enmiendas»[11] en el texto, quizá como trabajo preparatorio para su impresión. El saber es, junto con la corte y la misoginia, tema central de los cuentos que encierra.

El *Calila y Dimna*[12] se encuentra, igual que el *Sendebar*, a medio camino entre colección de cuentos y colección de sentencias. Fue uno de los textos más leídos de la Edad Media, como lo deja entrever el hecho de

---

[8] Ciertos adjetivos no han sido seleccionados para este estudio por razones variadas, como *aconsejado* (la persona que me interesa es la que es capaz de dar consejos, no la que los recibe); *acordado*, *adoctrinado*, *aguisado* y *cabosso*, cuyas raras ocurrencias solo se dan en el *Libro de Apolonio*; *conocido*, que no dice nada, *demostrador* (una única ocurrencia en *Barlaam y Josafat*) y *mesurado*. En el ámbito francés, Charles Brucker estudió de forma muy detallada el uso de las palabras *sage* y *sagesse* (Charles Brucker, *Sage et Sagesse au Moyen Âge (XIIe-XIIIe siècles). Étude historique, sémantique et stylistique*, Ginebra, Droz, 1987). Por otra parte, Margherita Morreale se ocupó del problema de la traducción al castellano de términos latinos como «sapientia» y «prudentia» en dos artículos reflejo de su profunda erudición: «Consideraciones acerca de *saber*, *sapiencia*, *sabencia*, *sabiduría* en la elaboración automática y en el estudio histórico del castellano medieval», *Revista de Filología Española*, 60, N° 1, 1978-1980, pp. 1-22; «Acerca de *sapiencia*, *sabiduría*, *sabid(u)ria* y *saber* en la IV Parte de la *General estoria*», *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, 6, 1981, pp. 116-122. No es este el momento de profundizar en el modo de traducir los términos latinos, sino en el contenido que se da en castellano a las palabras objeto de estudio.

[9] María Jesús Lacarra (ed.), *Sendebar*, Madrid, Cátedra, 2005 (1989), p. 13. Esta investigadora propone tres esquemas recapitulativos de las teorías propuestas acerca de los antecedentes del *Libro de los engaños*: 1) *sánscrito - *pahleví - *árabe (VIII-IX) – castellano (1253); 2) *pahleví - * árabe – castellano; 3) *sánscrito - *hebreo - *pahleví - *árabe – castellano.

[10] María Jesús Lacarra, «Sendebar», en *Diccionario filológico de literatura medieval española. Textos y transmisión* (coords. Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías), Madrid, Castalia, 2002, pp. 948-950.

[11] *Ibíd.*

[12] La edición que cito es la de Juan Manuel Cacho Blecua y María Jesús Lacarra (eds.), *Calila e Dimna*, Madrid, Castalia, 2004 (1984). Puede consultarse también la de Hans-Jörg Döhla, *El libro de Calila e Dimna (1251). Nueva edición y estudio de los dos manuscritos castellanos*, Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, 2009.

que haya sido traducido a más de cuarenta idiomas y de que conservemos de él cerca de doscientas versiones. Su origen se remonta a la India de los primeros siglos de la era cristiana: todavía se reconoce en el *Panchatantra* y obras afines gran parte de su contenido. En su largo peregrinaje desde la India hasta Europa, hay que destacar la importancia de «la versión del persa islamizado Ibn al-Muqaffa» (siglo VIII), [...] eslabón clave que facilitó su difusión europea y, en concreto, su entrada en la Península»[13] y su traducción castellana en 1251 por deseos del futuro Alfonso X.

Otra obra cuyos orígenes se remontan a la India pero que sufrió una cristianización mayor en su contenido es el *Barlaam y Josafat*[14], adaptación de la leyenda de Siddharta Gautama –Buda– que narra la conversión al Cristianismo del infante Josafat gracias a las enseñanzas del ermitaño Barlaam. Muy complejo es el itinerario recorrido por este texto; «parece aceptarse que, antes de revestirse de una forma cristiana, el texto indio tuvo una versión maniquea escrita en turco (siglo III) y fue traducido al árabe en Bagdad, por las mismas fechas en que lo eran el *Calila* y el *Sendebar*»[15]. Posteriormente fueron realizadas una versión georgiana (siglo VIII), luego una griega (siglo IX), a partir de la cual se originó una traducción en latín y, a continuación, en las lenguas románicas. Los tres manuscritos medievales castellanos que se han conservado son copias del siglo XV de originales que debemos situar en el siglo XIII (o en el siglo XIV)[16].

---

[13] María Jesús Lacarra, «Calila e Dimna», en *Diccionario filológico...*, *op. cit.*, pp. 231-235. Los testimonios que se conservan son los siguientes: los ms. h-III-9 y ms. X-III-4 de la Biblioteca del Monasterio de El Escorial; los fragmentos contenidos en el ms. 1.763 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca y en el ms. 18 del Archivo de la Catedral del Oviedo; los incunables de Zaragoza (Pablo Hurus, 1493) y de Burgos (Friedrich Biel, 1498).

[14] La única edición que existe es la de John E. Keller y Robert W. Linker (ed.), *Barlaam e Josafat*, Madrid: CSIC, 1979.

[15] María Jesús Lacarra, «Barlaam e Josafat», en *Diccionario filológico...*, *op. cit.*, pp. 205-207. Para más bibliografía, consúltese Carlos Alvar, *Traducciones y traductores. Materiales para una historia de la traducción en Castilla durante la Edad Media*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2010 (especialmente las páginas 98-100); también Carlos Alvar, «Barlaam y Josafat: tres lecturas», en *Actes du Colloque international « D'Orient en Occident : les recueils de fables enchâssées avant les 'Mille et Une Nuits'* de Galland (Barlaam et Josafat, Calila et Dimna, Disciplina Clericalis, Roman des Sept Sages) ». *Genève, 6-8 mai 2010*, Brepols, «CELAMA», de próxima aparición, en el que el autor plantea una serie de preguntas fundamentales: «¿Hubo una primera redacción griega de Juan de Saba en el siglo VII? ¿Qué papel desempeñó en la transmisión San Juan Damasceno, citado frecuentemente a partir del siglo VIII? ¿Fue San Eutimio el responsable de la traducción del georgiano al griego en el siglo XI o las cosas ocurrieron a la inversa y el mismo monje tradujo la obra del griego al georgiano?».

[16] Ms. 18.017 de la Biblioteca Nacional de Madrid; ms. 1.877 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca; ms. 1.829 de la Biblioteca Universitaria de Estrasburgo (versión abreviada).

Por último, a modo de contrapunto, me valgo del vocabulario contenido en el *Libro de Apolonio*[17], obra del mester de clerecía procedente de la *Historia Apollonii regis Tyri* (siglos V o VI) y que presenta la figura del rey Apolonio, más sabio que guerrero[18].

En este trabajo, procuro averiguar en qué medida la terminología presente en los textos castellanos refleja la adopción de nuevas concepciones del saber[19]. Por otra parte, interesa determinar el área semántica cubierta por los distintos adjetivos. En la gran mayoría de los casos, no vienen solos en los textos sino que, según un uso literario frecuentísimo en la Edad Media, van coordinados o, al menos, aparecen relacionados con otros. Los diccionarios etimológicos no siempre nos ayudan a distinguir una noción de otra. Por ejemplo, encontramos que *entendido* equivale a «sabio»[20], o que *letradamente* equivale a 'sabiamente, cuerdamente»[21]. ¿Hasta qué punto se superponen, más o menos perfectamente, los significados de estos términos? ¿Hasta qué punto se trata de sinónimos? La cuestión de la sinonimia es espinosa y sigue siendo debatida. Considero innegable la existencia de este fenómeno, cuya utilidad, por otra parte, está históricamente probada[22]. En este trabajo, adopto un concepto amplio de la sinonimia clásica, vista como una relación de semejanza significativa entre palabras que se refieren a una misma realidad, y rechazo la necesidad de una

---

[17] Manuel Alvar (ed.), *Libro de Apolonio*, 3 vols., Madrid, Fundación Juan March, Castalia, 1976. El mismo autor volvió a publicar el texto del *Libro* en Barcelona, Planeta, 1984, edición por la que cito.

[18] Esta *opera magna* de la literatura medieval se ha conservado en un solo testimonio manuscrito: el ms. K-III-4 de la Biblioteca del Monasterio de El Escorial, de mediados del siglo XIV, es decir, de más de un siglo después de la génesis de la obra.

[19] No quiero ser tan radical como Jean-Claude Chevalier, para quien una palabra no extrae una parte de su sentido del contexto (idea expresada en «Mot et sens du mot», en *Langage et psychomécanique du langage, Hommage à Roch Valin*, Québec-Lille, PUL, 1980), si bien comparto con él la idea de que el sentido no resulta únicamente de las palabras y de su inclusión en frases, sino que hay que tomar en consideración otros numerosos factores, como quiénes formulan las oraciones, a quiénes las destinan, el lugar y el tiempo de producción, en fin, «l'infini des circonstances». Por el contrario, sigo la opinión de Paul Imbs, que insiste en la necesidad de que un término sea estudiado en su contexto («Quelques aspects du vocabulaire des plus anciennes chansons de geste» (résumé), en *La technique littéraire des chansons de geste. Actes du Colloque de Liège (septembre 1957)*, París, Les Belles Lettres, 1959, pp. 71-74).

[20] Martín Alonso, *Diccionario medieval español: desde las glosas emilianenses y silenses (s. X) hasta el siglo XV*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1986, 2 tomos.

[21] Lloyd A. Kasten & Florian J. Cody, *Tentative Dictionary of Medieval Spanish* (second ed., greatly expanded), Nueva York, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 2001.

[22] Pueden leerse, al respecto, los dos artículos complementarios de Benjamín García-Hernández, «Sinonimia y diferencia de significado», *Revista Española de Lingüística*, 27, 1, 1997, pp. 1-31, y «La sinonimia: relación onomasiológica en la antesala de la semántica», *Revista Española de Lingüística*, 27, 2, 1997, pp. 381-407.

identidad estricta y absoluta de significado (fenómeno casi inexistente por otra parte); una postura a favor de la cual se podría argumentar recordando que «el prefijo griego de la palabra 'sinónimo' dista mucho de implicar esa noción de 'igualdad'; al contrario, representa [...] un valor asociativo, que es el que conviene a los sinónimos como 'nombres asociados' por su vecindad significativa»[23]. Al fin y al cabo, se trata de denominar de una forma diversa un mismo referente; la presencia de matices de significado, de rasgos atribuibles solamente a uno de los términos en cuestión, no anula el parecido con los términos vecinos; sí permite «dar precisión y propiedad al uso de las palabras»[24]. Sin adelantarme a las conclusiones, creo que cada uno de los términos de nuestra lista tiene un sentido preciso que lo diferencia, aunque sutilmente, de los demás[25]. Dicho esto, se puede dar paso al análisis semántico propiamente dicho.

Cuerdo, voz iberromance casi exclusiva del castellano y documentada desde los orígenes de la lengua, no aparece nunca en el *Barlaam y Josafat* y una sola vez en el *Libro de Apolonio*. Se da, pues, más bien en *Sendebar* y *Calila y Dimna*, o sea en las dos colecciones de cuentos provenientes de Oriente[26]. La etimología aceptada hasta tiempos muy recientes hace derivar *cuerdo* del adjetivo CORDATUS, que significa «valiente» (de COR, CORDIS, «corazón», «valentía»)[27]. Sin embargo, esta etimología ha sido puesta en tela de juicio por Jairo Javier García Sánchez[28], quien demuestra de forma convincente cómo *cuerdo* derivaría en realidad de *cordus/cordo* «tardío, nacido tardíamente», con un cambio semántico hacia «juicioso» debido a su aplicación «a las muelas que tradicionalmente se habían llamado *del juicio*»[29].

---

[23] Benjamín García-Hernández, «Sinonimia y diferencia de significado», *art. cit.*, p. 2.

[24] *Ibíd.*, p. 27.

[25] Aquí me uno a la opinión expuesta por T. D. Hemming en su artículo «Lexicology and old french» (*The Modern Language Review*, LXIII (1968), pp. 818-823); creo que su punto de vista puede ser adoptado fácilmente para el caso del español medieval: «It should be assumed that words have precise and determinable meaning, at any rate in a given register and context; it should not be assumed without proof that synonyms exist» (p. 818). Nótese que utiliza «synonyms» con el sentido de sinónimos absolutos.

[26] Apariciones de *Cuerdo*. *Libro de Apolonio*: 462c. Sendebar: P1, 65, 11; C18a, 133, 14; C20, 143, 13. *Calila e Dimna*: VI, 247, 18; IX, 270, 14-15; X, 277, 7; XI, 287, 31; XI, 298, 31.

[27] Jan Frederik Niermeyer & C. van de Kieft, *op. cit.*

[28] Jairo Javier García Sánchez, «'cordal' y, en su camino, 'cuerdo'. Probable etimología y origen de dos voces muy cervantinas», en *Tus obras los rincones de la tierra descubren, Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (Alcalá de Henares, 13 al 16 de diciembre de 2006)*, Alcalá de Henares, CEC, 2008, pp. 333-345.

[29] *Ibíd.*, p. 342.

La prudencia, el uso de la reflexión y el pedir consejos antes de actuar –«valores deseables en personas no enajenadas de edad adulta»[30]– caracterizan al hombre *cuerdo* en nuestros textos; la *cordura*[31] sirve para salir de un mal trance, como se desprende del uso del adjetivo en el *Calila y Dimna*. He aquí un par de ejemplos:

> Dixo el cuervo: – Así es commo tú, señor, lo dizes, mas el omne cuerdo, quando se ve en cuita que se teme de perder el cuerpo et los parientes, non ha cosa que non deve sofrir por sallir de aquella cuita et estorçer a sí et a sus parientes et amigos de muerte. (CD,VI, 247, 18)

> Et el rey fue muy ledo et ovo grant plazer, et dixo: – Si non que me ovo Dios merçed et me acorrió con consejo de Helbed <su mujer preferida>, fuera perdido en este siglo et en el otro. *Et por esto conviene al omne cuerdo que se aconseje toda vía con sus amigos que sabe que lo desengañarán*, ca Helbed me consejó muy bien, et yo creíla et falléme ende bien, et afirmó Dios mi regño con el buen consejo de los buenos amigos leales. Et vi manifiestamente cómmo es Cainerón sabio. (CD, XI, 287, 31)

Los ejemplos revelan un tipo de sabiduría –una sabiduría de carácter práctico, que encuentra su terreno de aplicación en la vida diaria– que deja de manifiesto una concepción de la sabiduría heredada de la India, la misma que encontramos en el *Panchatantra*, al cual se remonta nuestro texto. El propósito del *Panchatantra* era el de enseñar a los lectores a los que estaba destinado –príncipes y hombres políticos de la India– cierta aptitud considerada como indispensable: la capacidad de acomodarse a las situaciones, de identificar las motivaciones de las personas pese al velo de las apariencias, de adaptar a la diversidad de contextos unas verdades generales, todo ello en contraposición con el mero conocimiento de preceptos teóricos, sentencias y verdades memorizadas una vez por todas. *Artha* era llamado el conocimiento de las reglas del buen gobierno y *nīti* esa capacidad para aplicar las reglas generales a una situación concreta. Se suele traducir *nīti* por «sabiduría», pero Georg Bossong señala que debería traducirse más bien por «astucia» o «intuición»[32]. Justamente, la astucia,

---

[30] *Ibíd.*, p. 336.

[31] «La cordura es una forma de conocimiento ligada a la sabiduría y que denota buena capacidad para enjuiciar y discurrir con prudencia y sensatez.», Alicia Esther Ramadori, *op. cit.*, p. 231.

[32] Georg Bossong, «Sémantique et structures textuelles dans le *Calila et Dimna*. Essai de théorie textuelle appliquée», *Cahiers de linguistique hispanique médiévale*, 4, París, 1979, pp. 173-203 (p. 175).

«modo de ejercitar el saber instintivo, el ingenio»[33], aparece con frecuencia relacionada con nuestros adjetivos, pero exclusivamente en el *Calila*, a través de coordinaciones con *artero*, *agudo* y *sotil*.

Jean Frappier, en un estudio sobre los caballos de batalla y sus epítetos[34], hace hincapié en las razones de ser de los procedimientos de agrupaciones de casi-sinónimos en la literatura medieval: se trata de un procedimiento de intensificación gracias al cual será posible darle un vigor nuevo a lo que terminó por convertirse en un cliché literario o bien matizar una primera palabra con otra, de acuerdo también con las técnicas medievales de traducción[35]. Los binomios sinonímicos, antes de ser condenados en el siglo XVII por una retórica de la brevedad y de la precisión o exactitud, conocieron varios siglos de grandeza y fueron figura fundamental de la retórica medieval, por desempeñar un doble papel de explicitación y ornamento[36]. No siempre resulta fácil establecer la parte estética o funcional de las palabras así coordinadas.

De hecho el *Sendebar*, en dos de las tres ocurrencias del adjetivo *cuerdo*[37], lo coordina con *entendido*. En ambas ocurrencias, el entendimiento parece relacionarse, pues, con la cordura, con esa aptitud para reaccionar de forma provechosa en las situaciones brindadas por la vida. Sin embargo, el entendimiento no se limita a esto, como lo intuimos por la coordinación de *entendido* con otro adjetivos: con *mesurado*, pero sobre todo con *bueno*[38]. Hoy en día, la *bondad* corresponde a cierto ideal moral y al comportamiento que lo realiza; pero este sentido no aparece sino muy tarde. Como lo explican Burgess y Matoré[39], la *bondad* era atributo divino; para el hombre, ser *bueno* tenía que ver con el servicio a Dios. Con

---

[33] Alicia Esther Ramadori, *op. cit.*, p. 231. Más sobre la astucia pp. 231-232.

[34] Jean Frappier, «Les destriers et leurs épithètes», en *La technique littéraire des chansons de geste. Actes du Colloque de Liège (septembre 1957)*, París, Les Belles Lettres, 1959, pp. 85-104.

[35] Carlos Alvar, *Traducciones y traductores, op. cit.*, pp. 32-33.

[36] Es lo que recuerda Claude Buridant en su artículo «Les binômes synonymiques. Esquisse d'une histoire des couples de synonymes du Moyen Âge au XVIIe siècle», en Jean-Pierre Beaujot et al., *Synonimies*, Bulletin du Centre d'Analyse du discours 4, Lille, Presses universitaires de Lille III, 1980, pp. 5-79.

[37] *Cuerdo* en *Sendebar* (ed. María Jesús Lacarra, *op. cit.*): Primer ejemplo del Prólogo, p. 65, línea 11; Cuento 18 A, p. 133, l. 14; Cuento 20, p. 143, l. 13.

[38] *Bueno-entendido* en *Sendebar*: Cuento 1, p. 79, l. 8; Cuento 12, p. 115, l. 2.

[39] Glyn Sheridan Burgess, *Contribution à l'étude du vocabulaire pré-courtois*, Ginebra, Droz, 1970, «Bon», pp. 104-113. Georges Matoré, *Le vocabulaire et la société médiévale*, París, PUF, 1985, Cap. VII «Sentiments, vertus et pechiés»: «La bonté», pp. 114-115.

el paso del tiempo, la bondad como virtud cristiana pasó a ser una virtud caballeresca: ser *bueno* suponía cumplir con todos los requisitos del buen vasallo. Un segundo deslizamiento semántico aparece en el ámbito cortés, pero mantiene un vínculo estrecho con las cualidades guerreras del héroe. En definitiva, «el hombre que satisfacía el ideal dominante de su tiempo era 'bueno'»[40]. Un último uso interesante de *entendido* en el *Sendebar* relaciona el entendimiento con la inteligencia y con la capacidad para comprender cuando se habla en clave, para adivinar sentidos escondidos:

> E ellos dixieron: –Vayamos al Rey e agora démosle enxenplo de aqueste fecho de la muger, e non le declaremos el fecho de la muger e, *si él entendido fuere*, luego lo entenderá. (S, C1, 80, 17)

Como indica Bernard Darbord, «Le signifié immédiat (*entendido* = 'celui qui a compris') ne fait pas de doute. Pourtant, le sens courtois de *entender* ne peut manquer d'affleurer: 'si le roi a été son amant'...»[41]. No olvidemos el sentido de *entendedor, -a, entendedero, -a* como «amante»[42].

Pero volvamos al *Calila y Dimna*; en él, en efecto, el adjetivo *entendido* aparece, de promedio, más de diez veces más que en los otros textos, totalizando cuarenta y cuatro ocurrencias[43]. En la gran mayoría de los casos, ser *entendido* equivale a lo que ya dijimos con respecto a ser *cuerdo*: se trata de actuar con prudencia, sin precipitarse, siguiendo unos modelos

---

[40] Glyn Sheridan Burgess, *op.cit.*, p. 113.

[41] Bernard Darbord, «Saber au Moyen Âge: morphologie et sémantique», en *Travaux de linguistique hispanique* (dir. Gilles Luquet), París, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1998, pp. 489-499 (p. 499).

[42] Entre los grados del *accessus ad amorem* de los tratadistas del mundo trovadoresco se encuentra en el tercero de los cuatro niveles la figura del *entendedor* o «enamorado tolerado», grado al que el enamorado asciende «si la dama le otorga dádivas o prendas de afecto» (véase Martín de Riquer, *Los trovadores*, 2 tomos, Barcelona, Planeta, 1975 – *Introducción*, tomo 1, p. 80). En la actualidad, *entenderse* todavía puede significar «tener alguna relación de carácter amoroso recatadamente, sin querer que aparezca en público»; Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 22.ª ed., Madrid, Espasa, 2001, significado 15 de 18.

[43] *Entendido* en *Calila y Dimna* (ed. Juan Manuel Cacho Blecua y María Jesús Lacarra, *op. cit.*): introducción, p. 89, l. 1; introd., p. 93, l. 8; introd., p. 97, l. 19; introd., p. 98, l. 11 y l. 20; capítulo II, p. 108, l. 30; cap. II, p. 119, l. 5; cap. III, p. 144, l. 19-20; cap. III, p. 157, l. 6; cap. III, p. 169, l. 12; cap. III, p. 175, l. 9; cap. III, p. 177, l. 11 y l. 27; cap. III, p. 178, l. 14; cap. IV, p. 188, l. 15; cap. IV, p. 197, l. 3; cap.V, p. 202, l. 6; cap.V, p. 205, l.32; cap.V, p. 207, l. 9; cap.V, p. 218, l. 15; cap.V, p. 219, l. 2 y 23; cap.V, p. 221, l. 4; cap.VI, p. 227, l. 2; cap.VI, p. 228, l. 17; cap.VI, p. 234, l. 11; cap.VI, p. 235, l. 8; cap.VII, p. 257, l. 19; cap.VIII, p. 263, l. 17; cap. IX, p. 271, l. 22; cap. X, p. 273, l. 1; cap. X, p. 274, l. 16; cap. X, p. 275, l. 17; cap. X, p. 277, l. 18 y 23; cap. XI, p. 290, l. 25; cap. XIV, p. 312, l.2; cap. XV, p. 317, l. 6, l. 17, l. 21; cap. XVII, p. 338, l. 31; cap. XVII, p. 339, l. 3; cap. XVII, p. 340, l. 22; cap. XVII, p. 349, l. 14.

de conducta acordes con la moral (no hacer a los demás lo que no querríamos que se nos hiciera, por ejemplo), evitar situaciones peligrosas, aconsejarse con amigos leales, discernir las buenas de las malas personas. Pero, en unos pocos casos, ser *entendido* equivale a ser *sabio*, de acuerdo con lo que encontramos en los diccionarios etimológicos[44]:

> *Los filósofos entendidos* de cualquier ley et de cualquier lengua *sienpre punaron et se trabajaron de buscar el saber*, et de representar et hordenar la filosofía, et eran tenudos de fazer esto. (CD, i, 89, 1)

> Et por esto, qualquier ome que este libro leyere et lo entendiere llegará a la fin de su entençión, et se puede dél aprovechar bien, et lo tenga por enxenplo, et que lo guarde bien; ca dizen que *el ome entendido non tiene en mucho lo que sabe nin lo que aprendió dello, maguer que mucho sea; ca el saber esclareçe mucho el entendimiento* así bien commo el olio que alunbra la tiniebla, ca es la escuridat de la noche; ca el enseñamiento mejora su estado de aquel que quiere aprender. Et aquel que sopiere la cosa et non usare de su saber non le aprovechará. (CD, i, 93, 8)

El *Barlaam y Josaphat* también asocia *entendimiento* y *sabiduría* en las tres ocurrencias de la palabra[45], asimilando «el entendimiento [a] la capacidad para adquirir el saber. Y la sabiduría normalmente abarca un sentido amplio y vinculado, en cierto modo, al aprendizaje y al estudio»[46].

Antes de que aparezcan, en la época de Tomás de Aquino y Roger Bacon, los primeros indicios de un despegue intelectual que desembocaría en la concepción moderna de un saber que, «por su propia esencia,

---

[44] Martín Alonso, *op. cit.*: *entendido* s. XII al XV: «sabio, docto, perito, diestro»; Lloyd A. Kasten & Florian J. Cody, *op. cit.*: 1.ª acepción 'instruido, sabio, docto'.

[45] BJ (P), 863: Dixole <Barlaam al maestro del infante>: [...]; e agora descubrola <una supuesta piedra preciosa> a ti porque entiendo que *eres omne sabio e entendido*; e rruegote que me metas ante el fijo del rrey e dargela he, ca non siento otro a quien pertenesca. [...] BJ (P), 3937: E el rrey Avenir [...] fuele moviendo su rrazon muy mansamientre deziendole <a Josaphat>: [...]. Mas sy tu desprecias a mi por nesçio, [...] que yo despendy asaz de tienpo por saber demandar estas cosas, e fize venir muchos omnes sabios a este consejo e aun muchos cristianos; e les pregunte muy sabiamientre e rreprendia la su locura por que los veya que andavan arredrados de la carrera de la verdat; que avya yo fablado con *los omnes sabios, e entendidos* e ellos mismos otorgaron que non avya y otra verdat sinon aquella por que nos servimos a los grandes dioses [...]. BJ (P), 4757: Rrespondio [181v] Theodas [e] dixo <al rey>: Non quieras temer nin cures de los cometimientos nin de las vanas palabras de los galileos, ca non pueden ellos aver ninguna cosa que digan contra los nuestros dioses delante *los omnes sabios que entienden e [son] entendidos*; [...].

[46] Marta Haro Cortés, «Los compendios de castigos del siglo XIII: técnicas narrativas y contenido ético», in *Cuadernos de filología, anejo XIV*, Universidad de Valencia: Facultad de filología, 1995, p. 228.

[es] inacabado e incompleto», en la época medieval se considera como «un sistema acabado y completo, en correlación con un cosmos organizado bajo la misma imagen. [...] Según tal esquema, *sabiduría* vendría a ser la suma o depósito de los conocimientos de las cosas, y *saber* la posesión personal de la parte de aquellos que por cada uno se alcanza»[47]. Se trata de una concepción atesoradora y moral de la sabiduría, «en correlación con una sociedad estática y estamental que muestra una tendencia general a la repetición de modelos y normas conservados del tiempo pasado»[48]. La adquisición de la sabiduría, cuya localización no presenta equívocos –se encuentra en los sabios antiguos, en particular en los filósofos griegos–, brinda problemas de aprendizaje y transmisión. Los hombres sabios, de hecho, no solo han adquirido muchos conocimientos, sino que son capaces de transmitirlos a sus discípulos, mediante procedimientos didácticos y docentes que permiten la mejor asimilación posible (hace hincapié en este aspecto el pasaje BJ (P) 4757, nota 45).

A esta concepción teológico-moral del saber se opone otra, esta vez laica y escolar[49], revelada en el uso de *entendido* –y otros adjetivos– en el *Libro de Apolonio*. El adjetivo aparece una primera vez para referirse a la hija de un rey. Habla Apolonio:

> «*Tu fija bien entiende* en una gran partida,
> ha comienço bueno *e es bien entendida*,
> mas aún no se tenga por maestra complida:
> si yo dezir quisiere, téngase por vencida.» (AP, 183b)[50]

---

[47] José Antonio Maravall, *Estudios de historia del pensamiento español, serie primera: Edad Media*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983, 3.ª ed. ampliada, «La concepción del saber en una sociedad tradicional», pp. 201-254 (pp. 210-211).

[48] Alicia Esther Ramadori, *op. cit.*, p. 34. Véase también José Antonio Maravall, *op. cit.*

[49] Terminología que aparece en Alicia Esther Ramadori, *op. cit.*, pp. 33-56. «Los historiadores de la ciencia, como A. Crombie, distinguen en la Edad Media dos períodos que se caracterizan por la diferente forma de concebir el saber. Precisamente, el renacimiento cultural del siglo XII, que tiene lugar en Francia, es el factor que separa las dos épocas. Crombie describe, en términos generales, a la cultura de la primera Edad Media como predominantemente teológica y moral. [...] La perpectiva teológica y simbólica dejó de ser única y primordial y comenzó paulatinamente a ser reemplazada por una postura laica y científica.» (p. 33). Véase, por ejemplo, el clásico libro de Charles Homer Haskins, *The Renaissance of the Twelfth Century*, Cambridge, Massachusetts, and London, England, Harvard University Press, 1955 (1927).

[50] Estamos en la corte del rey de Tiro. Su hija, Luciana, decide tocar la vihuela para devolver la sonrisa a Apolonio que, en aquel momento, lo ha perdido todo. Todos alaban la virtuosidad de la dueña, salvo nuestro protagonista, que está a punto de dar, a toda la asamblea, pruebas de su superioridad.

La música era una de las artes del *quadrivium*, las cuales adquieren mayor relieve en el siglo XIII; tanto Apolonio como Luciana han recibido, pues, una educación completa. Si el *entendimiento* es, como ya dijimos, «la capacidad para adquirir el saber»[51], *ser entendido, -a* remite a un nivel superior de conocimiento, que se supera sólo con «ser maestro cumplido». Cuando aparece por segunda vez el adjetivo, es para referirse a Apolonio, calificado, en boca de Tarsiana –su hija–, de «clérigo entendido», apelación que motivó un espléndido artículo de Manuel Alvar[52]:

> – «Bien, dixo Tarsïana, has a esto respondido,
> paresce bien que *eres clérigo entendido*,
> mas, por Dios, pues que eres en responder metido
> ruégote que no m' canses e tente por guarido.» (AP, 510b)

En palabras de M. Alvar, «Apolonio, mal que naciera en una novela latina del siglo VI, era un hombre castellano del siglo XIII. Pero hombre laico, no eclesiástico; poseía saber erudito y no, sólo, popular»[53]; «es un *clérigo entendido* porque conoce la gramática, la lógica y la poética»[54]. En el *Libro de Apolonio*, la confluencia de estos tres aspectos que son «la adecuación de las figuras ejemplares a nuevos ideales laicos, la valoración de la fama terrena y la exaltación de la enseñanza y la sabiduría escolares»[55] revela una concepción laica y científica del saber. Estamos en presencia de un nuevo paradigma, creación del mester de clerecía de la primera mitad de este siglo: el del héroe sabio. Modelo explícito del rey clérigo-letrado fue, poco antes de Apolonio, el protagonista del *Libro de Alexandre*[56]: la

---

51 Marta Haro Cortés, *op. cit.*, p. 228.

52 Manuel Alvar, «Apolonio, clérigo entendido», en *Voces y silencios de la literatura medieval*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2003, pp. 89-102.

53 Manuel Alvar, *op. cit.*, p. 101.

54 Manuel Alvar, *op. cit.*, p. 93.

55 Alicia Esther Ramadori, *op. cit.*, p. 37.

56 Varias muestras de intertextualidad entre las dos obras parecen indicar que el *Libro de Alexandre* es –no de mucho– anterior al *Libro de Apolonio*. Sobre la debatida cuestión de la datación de ambas obras, véase, por ejemplo, el artículo de Gerold Hilty, «La lengua del *Libro de Apolonio*», http://www.zora.uzh.ch/44283/1/La_lengua_de_Apolonio.pdf, ZORA *Zurich Open Repository and Archive*, consultado el 26 de mayo de 2011. Según el estudioso suizo, el *Libro de Alexandre* podría haber sido compuesto ya en los años veinte del siglo XIII, aunque a juicio de Carlos Alvar hay motivos que permitirían adelantarlo aún algunos años (cfr. C. Alvar, «Consideraciones a propósito de una cronología temprana del Libro de Alexandre», in *Nunca fue pena mayor. Estudios de literatura española en homenaje a Brian Dutton*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, pp. 35-44).

exaltación de la enseñanza universitaria es perceptible en toda la obra, pero se hace patente en algunas cuadernas en particular (cc. 38-52).

Debido al nuevo panorama socio-económico del siglo XIII, «el saber se transforma en un factor de la movilidad social»[57]; Apolonio es buen ejemplo de ello puesto que, tras haberlo perdido todo, y tras una serie de peripecias, su educación escolar y los conocimientos adquiridos le permiten volver a su estatus de origen, el de rey.

En el *Libro de Apolonio* se advierte la presencia de otros adjetivos interesantes para nuestro propósito: *enseñado* (ausente del *Sendebar*; una única ocurrencia en el *Calila y Dimna*, en coordinación con otros adjetivos[58]), *razonado* (exclusivo de esta obra) y *letrado* (ausente del *Sendebar* y del *Calila*; una ocurrencia en *Barlaam y Josaphat*). Su (casi) ausencia de los cuentos de origen oriental demuestra su vinculación con una concepción escolar de la sabiduría, lejos ya de la concepción oriental de la *nīti* y su aplicación a los hechos de la vida cotidiana.

Enseñado[59] aparece estrechamente vinculado a la educación de aquellos a los que se refiere el calificativo; siempre se trata de príncipes, de reyes o, por lo menos, de personas cuyos exquisitos modales inspiran la aceptación de la corte. Luciana, «como bien enseñada», besa las manos a su padre y saluda a los presentes al llegar; su comportamiento hace que «fue la cort' d'esta cosa [...] *pagada*»[60], como lo es el rey de Apolonio.

Asimismo todos se alegran en presencia de personas *razonadas* –término que aparece tres veces–. Apolonio y Tarsiana, que debieron de tener una educación parecida, reciben este apelativo. Tarsiana es «maestra e muy bien razonada»[61]: gracias a su elocuencia, permite descorrer el tupido velo de mentiras imaginadas contra ella por sus padres adoptivos. Su educación escolar es causa de que hable «bien y con persuasión»[62], siendo la *razón*, entre otras definiciones, la facultad de discurrir[63]. Pero «de nada servirían tantos saberes si no se orientaran hacia mejores servicios

---

57 Alicia Esther Ramadori, *op. cit.*, p. 39.
58 *Enseñado* en el *Calila y Dimna*, cap. XVII, p. 350, l. 30.
59 *Enseñado* en el *Libro de Apolonio*: cuadernas 163b, 167d, 170a, 203c, 475a.
60 Cuaderna 163b.
61 Cuaderna 608c.
62 Joan Corominas & José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 2001, 5.ª reimpr. (1980), 6 tomos, definición de «razonado».
63 Lloyd A. Kasten & Florian J. Cody, *op. cit.*, definición de «razón».

que los de la propia satisfacción»[64]; Apolonio, paradigma de cortesía, «ha ejercitado estos principios en unas cuantas virtudes: bondad, comportamiento con los demás, amor a la verdad y decoro propio. El conjunto lo hizo 'homne bien raçonado'»[65]. *Razonado* y *bueno*[66] aparecen unidos en un último ejemplo, referido a un hombre «cualquiera»:

> Respúsol' hombre bueno, bien raçonado era:
> – «Amigo, bien parece que eres de carrera,
> si de la tierra fueses, cuita habriés llenera,
> diriás que nunca vieras tal en esta ribera.» (AP, 44a)

Letrado aparece dos veces en el *Libro de Apolonio*; una vez para calificar a la persona del discípulo, otra para calificar a la del maestro; una vez referido a la medicina, otra a las enseñanzas del *trivium* y del *quadrivium*:

> Luego, al tercer día, el sol escalentado,
> fue al puerto de Éfeso el cuerpo arribado;
> *fue de un buen maestro de física trobado,*
> *ca habié un diciplo sabio e bien letrado.* (AP, 284d)

> Cuando hobo bien dicho e hobo deportado,
> dixo el rey: «Amiga, bien só de ti pagado;
> entiendo bien que vienes de linatge granado,
> *hobist' en tu dotrina maestro bien letrado.*» (AP, 496d)

Es interesante ver que se define como «bueno» al maestro porque («ca») tiene un discípulo «sabio e bien letrado». Queda de manifiesto la especial importancia que cobra el ser capaz de transmitir los conocimientos: ésta es una de las obligaciones del hombre sabio. El tópico de la sabiduría como luz o como candela que alumbra a los hombres viene a significar lo mismo. Este tópico, presente ya en la Biblia (*Ecclesiasticus* 20, 32; *Mateo* 5, 14-15), se encuentra también en la introducción de Ibn al-Muqaffa' al *Calila* (p. 93). La adquisición personal del saber no se puede desvincular de la difusión del mismo; el maestro es un modelo para los demás, que encuentran en su figura el estímulo para su propio perfeccionamiento.

---

[64] Manuel Alvar, *art. cit.*, p. 102.

[65] *Ibíd.*

[66] La doble autoridad del talento y de la virtud se encuentra ya en los antiguos: para Catón el Viejo, citado por Quintiliano en su *Institutio oratoria* (Libro X.1.1.), el hombre sabio sería el «vir bonus, dicendi peritus», es decir, el «hombre bueno y honesto, hábil para comunicar, experto en el decir». En esta expresión se unen la virtud (BONUS) y la pericia técnica que supone el arte oratoria (PERITUS).

Segunda obligación del hombre sabio, de la que deriva la anterior, el imperativo de actuar según su sabiduría: no basta con decirse sabio, hay que demostrarlo a diario actuando según sus preceptos, que no tienen otra finalidad sino la de saber actuar en relación con Dios, con los demás y consigo mismo. En *Apolonio* resalta, por otra parte, la importancia del libro como instrumento del proceso de aprendizaje. Ya se pudo advertir en la cuaderna 31:

> *Encerrós' Apolonio en sus casas privadas,*
> *do tenié sus escritos, sus estorias notadas;*
> rezó sus argumentos, las fazañas passadas,
> caldeas e latines, tres o cuatro vegadas.

El héroe sabe porque ha estudiado en los libros –que tiene anotados– y a ellos vuelve a la hora de «resolver problemas en los que trasciende una ordenación lógica»[67]. Por el contrario, la sabiduría del infante en *Sendebar* nada tiene que ver con todo ello; en su caso, «son apprentissage est affaire de regard»[68], como lo demuestran el uso de *catar* y *ver* referidos a las enseñanzas que le transmite su maestro, Çendubete[69]. Fernando Gómez Redondo recuerda la proximidad de los conceptos de *letradura* y *clerecía*, entre enseñanza de tipo escolar (las siete artes), cultura del libro y sabiduría: «A lo largo de la primera mitad del siglo XIII, el término que designa el conjunto de saberes de ese pasado <literario que era preciso descubrir y aprovechar en el presente> y de las disciplinas necesarias para sistematizarlo es el de «clerezía» que coincide, ya en el *Libro de Alexandre*, con el de «savieza» o «sabiduría»; estos autores clericales se llaman «clérigos», «maestros», pero también «letrados»; [...]»[70]. Hay que recordar,

---

[67] Manuel Alvar, *art. cit.*, p. 90.

[68] Bernard Darbord, *art. cit.*, p. 496.

[69] *Sendebar* (ed. María Jesús Lacarra), *op. cit.*, pp. 72-73.

[70] Fernando Gómez Redondo, «La 'clereçía' cortesana de Alfonso X: la 'letradura' como sistema de saber», *Alcanate*, VI, 2008-2009, pp. 53-79 (p. 56). A partir del tercer cuarto del siglo XIII existe «en la corte alfonsí una tensión semántica entre dos términos que parecen similares –«clerezía» y «letradura»– pero que apuntan a nociones diferentes; si del primero se adueña el Rey Sabio para enmarcar esa prodigiosa pesquisa de saberes y esa continua promoción de obras, el segundo es requerido por el campo semántico de los prelados a fin de designar el conjunto de materias conveniente a los clérigos o a los obispos, fijando siempre unos límites al grado de conocimiento que puede ser adquirido por el estudio; «letradura» que se siente más cerca del término *litterat ra* en su acepción latina se vincula, por tanto, a los eclesiásticos y asegura, a la par, una visión ortodoxa de unas *artes* y unas ciencias que deben ser sometidas a control riguroso» (p. 60).

sin embargo, que ya en el siglo XIII podía llamarse *clérigo* a un «hombre letrado y de estudios escolásticos, aunque no tuviese orden alguna»; y la «sabiduría / literatura» podía denominarse *clerecía*[71].

Encontramos la misma relación entre el adjetivo *letrado* y una enseñanza de tipo escolar y libresca en el *Barlaam y Josafat*, en el que se glosa explícitamente a *letrado* como la persona enseñada en las artes liberales:

> Fizo luego llamar a un rrico omne que avya nonbre Archis, que era el mayoral de todo el su rreyno e era el [157v] *mayor consejero que el avya, e era muy letrado, e sabia las siete artes*. (BJ (P), 3436)

Deducimos que la facultad de otorgar consejos «va inseparablemente unida a la sabiduría»[72], como muestra este otro ejemplo:

> Dixo Calila < a Digna>: – Si Sençeba commo es fuerte et valiente non fuese de buen seso, sería así; mas, aun demás de la valentía que te dixe que ha en sí, *es muy bueno et sabio et de buen consejo*. (CD, III, 145, 28)

Quizás los adjetivos que pensemos expresen mejor la sabiduría y califiquen más claramente al hombre de mucho saber sean justamente los que presenten el lexema *sab-*: *sabio*[73] y *sabidor*[74]. Junto con *sesudo*[75], son los más

---

[71] Martín Alonso, *Diccionario medieval...*, *op. cit.*

[72] Marta Haro Cortés, *op. cit.*, p. 256.

[73] *Sendebar*: Prólogo, cuento 1, p. 69, l. 11; cuento 19, p. 140, l. 16; cuento 20, p. 142, l. 0, 3, 4 y 16. *Libro de Apolonio*: cuadernas 284d, 418c. *Barlaam y Josafat*: líneas 627, 660, 813, 856, 863, 909, 963, 986, 1707, 2250, 2300, 2312, 2331, 2606, 2739, 3610, 3733, 3933, 3936, 4093, 4164, 4286, 4472, 4756, 5308. *Calila y Dimna*: introd., p. 92, l. 13 y l. 15; cap. III, p. 129, l. 26; cap. III, p. 131, l. 27; cap. III, p. 145, l. 28; cap. III, p. 168, l. 5; cap. III, p. 169, l. 28; cap. III, p. 170, l. 15; cap. IV, p. 188, l. 14; cap. IV, p. 192, l. 17, 22 y 29; cap. IV, p. 193, l. 11; cap. IV, p. 193, l. 29 y 31; cap. IV, p. 197, l. 35; cap. IV, p. 250, l. 19; cap. IX, p. 267, l. 12; cap. IX, p. 268, l. 17; cap. XI, p. 280, l. 10; cap. XI, p. 283, l. 18; cap. XI, p. 286, l. 10; cap. XI, p. 287, l. 23 y 26; cap. XI, p. 288, l. 2; cap. XI, p. 292, l. 7; cap. XI, p. 297, l. 23; cap. XIV, p. 312, l. 30; cap. XV, p. 317, l. 14. En el *Barlaam y Josaphat*, este adjetivo totaliza el 61,54% de las apariciones frente a los demás adjetivos objeto de este estudio.

[74] *Sendebar*: Prólogo, cuento 1, p. 68, l. 16; p. 69, l. 1 y 4; cuento 18 A, p. 132, l. 6; p. 133, l. 7; cuento 20, p. 143, l. 15; cuento 22, p. 150, l. 12. *Libro de Apolonio*: cuadernas 69b, 133c, 146c, 297c. *Barlaam y Josafat*: líneas 9, 362, 1888, 5349. *Calila y Dimna*: cap. III, p. 131, l. 23; cap. III, p. 136, l. 7; cap.V, p. 220, l. 33; cap.VI, p. 246, l. 35; cap.VI, p. 250, l. 21; cap.VII, p. 256, l. 23; cap. XIV, p. 307, l. 18; cap. XVI, p. 331, l. 28.

[75] *Sendebar*: cuento 20, p. 143, l. 15. *Libro de Apolonio*: ninguna ocurrencia. *Barlaam y Josafat*: líneas 873, 1620, 2294. *Calila y Dimna*: cap. III, p. 148, l. 11; cap.V, p. 219, l. 17; cap.V, p. 221, l. 33; cap.VI, p. 225, l. 15; cap.VI, p. 235, l. 19; cap.VI, p. 243, l. 3; cap.VI, p. 247, l. 24; cap.VII, p. 261, l. 26; cap. XI, p. 280, l. 23; cap. XI, p. 285, l. 3; cap. XI, p. 289, l. 35; cap. XI, p. 290, l. 25; cap. XI, p. 298, l. 32; cap. XIV, p. 311, l. 14; cap. XVII, p. 347, l. 19.

representados de todos (106 ocurrencias); *sabio* totaliza 64 ocurrencias: es el más utilizado de los de nuestra lista. Sin embargo, con algo de decepción pude advertir que estos tres adjetivos son, también, bastante menos expresivos de los que hemos visto hasta el momento. En muchos casos, encuentro estas palabras en construcciones enfáticas del tipo «nadie hay más sabio/sabidor que él», «muy sesudo/sabio», etc., que denotan cierta y evidentemente la conexión con una concepción atesoradora de la sabiduría, que es vista como un conjunto cerrado, concluido y preexistente. Es posible que la aparente mayor vacuidad de estos términos o, dicho de otra forma, la menor gama de matices perceptibles en su uso, sea debida a que, por ser términos más frecuentes en el habla que los anteriores, hayan ensanchado su polisemia hasta adaptarse con mayor facilidad a las distintas concepciones de la sabiduría que impregnan nuestros textos (tanto la oriental como las occidentales).

De una forma general, *sabidor* y *sabio* parecen ser equivalentes. Compárese:

> Estonçe se levantaron quatro dellos que ý estavan, que eran nueve çientos omnes. E dixo uno dellos: *Yo le enseñaré de guisa que ninguno non sea más sabidor qu'él.* (S, P1, 68, 16)

> Estonçes dixo Çendubete: Señor, *yo non sé cosa en el mundo que yo non le mostré,* e bien creo que non la ay en el mundo, *e non ay más sabio qu'él.* (S, C19, 140, 16)

> Quando el infancte oyo esto, rrespondio a The[192r]das o lo que avya dicho: <...>; ca sy en la nuestra fe ovyera comienço *en grandes maestros e en onbres sabidores* e pode[192v]rosos e fuera defendida de los enperadores, e de los rreyes, e de los grandes señores, bien podieras tu dezir que este fecho venia por poder de omnes e non de Dios. (B&J (P), 5349)

> E *el maestro, commo omne sabio,* entendia muy bien el deseo del infant [...].(B&J (P), 660)

La comparación se puede extender al uso que se hace de *sesudo.* A prueba de ello:

> [...] dixo: Por buena fe, verdat dizes. *Non cuidé que tan sesudo eras, e tan sabidor eras,* e só mucho maravillado de quanto as dicho. E arrepintióse e fizo penitençia. (S, C20, 143, 15)

> Rrespondiole <a Barlaam> el maestro del anfante. Dixole: Veote [110r] *omne de edat e de acabado saber e muy sesudo en tus palabras*; <...>. (B&J (P), 873)

Sin embargo, *sesudo* es quizás más claramente vinculado con un comportamiento prudente[76] (de hecho aparece quince veces en *Calila y Dimna*, ninguna en el *Libro de Apolonio*):

> Dixo el cuervo: – El consejo que a mí paresçe muchas vezes se adelantaron a él los sesudos que fueron ante que nos, que es que al enemigo con que omne non puede non ay otro consejo sinon fuir dél. (C&D,VI, 225, 15)

Según Marta Haro,

> el seso está conectado con la inteligencia, con el sentido común y, a veces, también con la facultad de aprehender los conocimientos. [...] Por tanto, el hombre sesudo es equiparado y se identifica con el hombre sabio, de hecho participa de sus mismas cualidades y ambos son encarnados en la figura del «filósofo»[77].

La sabiduría es don de Dios y, al mismo tiempo, vía para llegar a Él. Lo que depende del hombre es el proceso de aprendizaje, el empeño y los esfuerzos de cada uno para adquirir el saber[78]. Gracias a esto, el hombre será capaz de discernir el bien del mal y encaminarse hacia una perfección moral que lo hará merecedor del Paraíso. En efecto, «el saber abarca y relaciona gran parte del terreno ético»[79]. El hombre sabio debe ser un modelo de comportamiento para todos –y esto, en cualquiera de las concepciones del saber que hemos encontrado en nuestros textos.

Destacan tres tipos de sabiduría, aunque cada uno se mantiene íntimamente vinculado con los otros dos: una sabiduría de carácter intelectual (suma de los conocimientos teóricos adquiridos), una sabiduría de carácter moral (en la que destaca la bondad como cualidad intrínseca al hombre sabio) y una sabiduría de carácter social (en la que destaca la lealtad como cualidad asociada[80]). Esto es lo que enseñan, ante

---

[76] Cfr. Martín Alonso, *Diccionario medieval...*, *op. cit.*; Lloyd A. Kasten & Florian J. Cody, *op. cit.*; Joan Corominas & José A. Pascual, *op. cit.*

[77] Marta Haro Cortés, *op. cit.*, p. 228.

[78] Con excepción de la sabiduría sobrenatural que poseen ciertos personajes, como los niños ciegos y contrahechos o el viejo ciego, que encontramos en el *Sendebar*. Cf. María Jesús Lacarra (ed.), *Sendebar*, *op. cit.*, pp. 40-41.

[79] Marta Haro Cortés, *op. cit.*, p. 227; Alicia Esther Ramadori, *op. cit.*, p. 241: «Todo el aparato ético y cívico del individuo [...] emerge de la sabiduría».

[80] *Leal* aparece en: *Calila y Dimna*, introd., 97, 26; cap. III, p. 132, l. 4; p. 142, l. 15; p. 150, l. 19, 25 y 28; p. 151, l. 1 y 23; p. 155, l. 22; p. 156, l. 10, 17 y 28; p. 160, l. 24; p. 161, l. 7; p. 177, l. 28; cap. IV, p. 179, l. 4; p. 188, l. 25; p. 189, l. 20; p. 197, l. 6; p. 198, l. 28; cap. V, p. 221, l. 33; p. 223, l. 13; cap. VI,

todo, las dos colecciones de cuentos provenientes de Oriente y el *Barlaam y Josafat*.

La prudencia, la facultad de discernir lo verdadero de lo falso, el actuar como modelo de comportamiento como característicos del hombre sabio se dan también en el *Libro de Apolonio*. En efecto, «tal era, según Rábano Mauro, el fin de la dialéctica, [...] disciplina [...] que *hace ser sabios a los hombres*, que permite argumentar y que *enseña a ser prudente*»[81].

Algunos conceptos, como los de *saber*, *sabiduría*, *clerecía* y *letradura*, evolucionan después del fin del período alfonsí a finales del siglo XIII y el principio del período molinista, que no se incluye en esta investigación precisamente por ello. En palabras de F. Gómez Redondo,

> en el molinismo, como rasgos opuestos al modelo alfonsí, el «saber» se define como estructura abierta, porque proviene siempre de Dios, y el «seso natural» –es decir, aquel que el hombre posee en función de la naturaleza con que ha sido creado– se enfrenta a la noción de «ciencia»[82].

Así pues, se puede apreciar la complejidad de las cuestiones relacionadas con el saber en la Castilla del siglo XIII, debido a la heterogeneidad de las representaciones con que se inviste el conocimiento.

El uso de los adjetivos *cuerdo*, *entendido*, *enseñado*, *razonado*, *letrado*, *sabidor*, *sabio* y *sesudo* en cuatro obras literarias representativas como son el *Sendebar*, el *Calila y Dimna*, *Barlaam y Josafat* y el *Libro de Apolonio*, revela que se están produciendo cambios en el mundo del conocimiento y la

---

p. 227, l. 21; p. 228, l. 17; p. 229, l. 15; p. 246, l. 24; p. 251, l. 2; cap.VII, p. 258, l. 14; cap. IX, p. 267, l. 12; p. 270, l. 12; cap. XI, p. 280, l. 10; p. 283, l. 27; p. 286, l. 12; p. 288, l. 1; cap. XIV, p. 305, l. 5 y 7; p. 309, l. 16; p. 312, l. 6 y 30; p. 314, l. 4, 15 y 26; p. 315, l. 3; cap. XV, p. 317, l. 3; cap. XVII, p. 345, l. 15; p. 348, l. 34; p. 349, l. 15 y 16; cap. XVIII, p. 355, l. 4. En *Apolonio*: 2d, 38a, 59a, 232a, 542b, 554c, 623c, 638c. En *Barlaam y Josafat*: líneas 2287 y 3119..

[81] Manuel Alvar, *art. cit.*, p. 98. En este artículo, M. Alvar sitúa la figura del sabio Apolonio en la Castilla del siglo XIII con mucha convicción. Cito: «*El Libro de Apolonio* se escribió, según creo, algo después de 1250; retrataba bien la Castilla de su tiempo y reflejaba unos saberes que ya circulaban desde hacía unos treinta o cuarenta años. Pero, además, heredero de una tradición latina, no había roto con un saber laico que en el siglo XIII sufriría un grave golpe; porque el renacimiento teológico preparado por san Bernardo y la creación de la Universidades hizo que el reino de la Gramática pasara para dejar paso al de la Teología; [...]. Apolonio representa esta otra faz del siglo XIII en la que el hombre se preocupa por el hombre, en la que se siente atraído por los problemas de su realidad y de su tiempo: sigue siendo un clérigo laico, extraño a la teología y fiel [...] a las palabras de Abelardo: 'dubitando enim ad inquisitionem venimus; inquiriendo veritatem percipimus'» (pp. 100-101).

[82] Fernando Gómez Redondo, *art. cit.*, p. 64; también las conclusiones pp. 78-79.

sabiduría y, por lo tanto, también en el léxico destinado a plasmar en la lengua estas nuevas realidades. Se manifiestan tres concepciones de la sabiduría: la concepción oriental heredada de la India, fruto de las recientes traducciones al castellano de colecciones de cuentos y *exempla*; una concepción teológico-moral, representada en el *Barlaam* sobre todo, y que podríamos vincular con el ámbito de la predicación y los sermones, y la aparición de las órdenes mendicantes como expresión del ideal evangélico, siendo las más conocidas las franciscana y dominica; por fin otra concepción de corte laico-escolar, que se plasma en la literatura a través del nuevo modelo de héroe sabio promovido en las obras del mester de clerecía.

Cada concepción existe, en teoría, por sí misma, con unos límites cronológicos más o menos definidos, paralelos a los cambios filosóficos y sociales, pero en las obras literarias la situación resulta más compleja, como compleja era la situación sociocultural de la época. Las concepciones del saber provenientes de Oriente pudieron ser asimiladas con facilidad dada su aplicación en la vida cotidiana y su fundamento en principios éticos en consonancia con la moral cristiana; y, además, tanto el mundo árabe como el mundo occidental tenían como referente común la figura de Aristóteles, el Filósofo por antonomasia.

El hombre sabio se caracteriza por la suma de los conocimientos que ha adquirido y que ha sido capaz de aplicar a su propia existencia así como de transmitir a los demás, ya sean discípulos propiamente dichos, ya sea cualquier hombre que quiera ver en él un modelo de comportamiento y un espejo para sus propias debilidades. Su prudencia, su lealtad y su bondad testimonian igualmente de su sabiduría, que abarca tanto el ámbito intelectual (las artes liberales), como el moral (Dios) y el social (su relación con los demás, tanto en el ámbito privado como público). A pesar de que los protagonistas o destinatarios de las obras estudiadas sean, en la mayoría de los casos, hombres de poder, monarcas y dirigentes, que son los que más necesitan adquirir destreza en las relaciones diplomáticas y rodearse de personas capaces de aconsejarlas satisfactoriamente, es indudable que cualquier lector puede encontrar en estos retratos unas respuestas y un modelo para su propio caso.

El análisis semántico deja de manifiesto que el nuestro no es un grupo de sinónimos sino que se trata de una red semántica estructurada, en la que los términos tienen un significado propio, matizado, a pesar de

su proximidad con otros. El uso actual de estos términos muestra que las diferencias y los matices que empezaron a establecerse a mediados del siglo XIII quedaron perfectamente asimilados en la lengua.

CONSTANCE CARTA
Universidad de Ginebra
Constance.Carta@unige.ch